

Acotación del árbol en la lírica

Hay un ambiente de raigambre y tupido en la literatura uruguaya, bien como de entidad que se engendró a la vera de hondos árboles y de largas cuchillas y que por quintas y ceibales hizo su habitación. Ese sentir arracimado y selvático late en la entereza de su decurso y lo hace equiparable al de los ríos que arrastran camalotes y cuyas aguas retorcidas copian un entrevero de ramas. Su oposición más fácil está en la lírica porteña, cuyos ejemplares y símbolos fueron siempre el patio y la pampa, arquetipos de rectitud. Para testificar este aserto, basta comparar el paisaje del *Santos Vega* de Ascasubi al del *Tabaré* de Juan Zorrilla de San Martín, libros entrambos de segura bostezabilidad, pero significativos y fuertes. Un sentimiento pánico informa el limo de las gestas del último, gestas, dice el cantor:

que narran el ombú de nuestras lomas,
el verde canelón de las riberas,
la palma centenaria, el camalote,
el ñandubay, los talas y las ceibas...

Es evidente la delectación del poeta con la frondosidad y tupidez de los sustantivos que enfila y con el campo embosquecido que ellos suponen. Ascasubi, muy al contrario, se deleita ascéticamente con el despejo de la noble llanura donde el anegadizo corazón puede sumergirse a sus anchas y la compara con el mar. semejanza es ésta que aunque muy traída y llevada, no es por ello menos verídica y se arrima al lenguaje triollo que llama *playa* al escampado frente a las casas y da el nombre de *isla* a los bosques que tachonan el llano...

Hasta aquí, empero, sólo se ha tratado del árbol como sujeto de descripción. En escritores ulteriores — en Armando Vasseur y paladinamente en Herrera y Reissig — adquiere un don de ejem-

pluridad y los conceptos se entrelazan con un sentido semejante al de los ramajes trabados. El estilo mismo arborece y es hasta excesiva su fronda. A despecho de nuestra admiración ¿no es por ventura íntimamente ajena a nosotros, hombres de pampa y de derechas calles, esa hojarasca vehementísima que por *Los Parques Abandonados* campea? Claro está que hablo de un matiz y que el criollismo a todos nos junta, pero el matiz no es menos real que el color y en este caso basta para dilucidar muchas cosas. Por ejemplo, la forasteridad de Lugones — hombre de sierras y de bosques — en nuestro corazón.

En los actuales uruguayos—en Juana de Ibarbourou, en Pedro Leandro Ipuche, en Emilio Oribe, en María Elena Muñoz — el árbol es un símbolo. La *Tierra Honda* de Ipuche no es sino un entrañarse con el árbol en una suerte de figuración panteísta que hace de las ramas un anhelar y que traduce su raigambre profunda en el divino origen. En *La Colina del Pájaro Rojo* de Oribe, la noche misma es un fuerte árbol que se agacha sobre la tierra y de cuya altivez han de desgajarse los astros como en San Juan Evangelista se lee. Para María Elena Muñoz, *el árbol es un templo* y una inquietud de almácigo alza y conmueve su dicción.

El árbol — duro surtidor e inagotable vivacidad de la tierra, — es uno de los dioses lares que en la poesía de los uruguayos residen. Sé también de otro dios, largamente rogado por María Eugenia Vas Ferreira y hoy por Carlos Sabat Ecreasty, Hablo del Mar.

Jorge Luis Borges.